El *toqui* Caupolicán y la prueba del tronco a la luz de un nuevo texto. Entre etnohistoria y literatura*

Miguel Zugasti
Universidad de Navarra

A Fermín del Pino,
que me animó en esta investigación

Ilustración 1: Dibujo de Caupolicán hecho por fray Diego de Ocaña,
Fol. 86v de su manuscrito autógrafo (Biblioteca de la Universidad de Oviedo, núm. 215).

1. Primeros cronistas de Chile

Descontando informaciones orales de los primeros conquistadores y misioneros que pasaron a Nueva Extremadura, descontando documentos relativos a encomiendas y peticiones de méritos, descontando cartas particulares como las de Valdivia u otros –testimonios todos ellos de difusión muy restringida–, las noticias que llegaron a la España del siglo XVI sobre la conquista de Chile tuvieron una misma fuente impresa: *La Araucana* de Alonso de Ercilla, publicada en 1569 (primera parte), 1578 (segunda parte), 1589 (tercera parte) y 1597 (versión póstuma; contiene el texto más extenso de todos, sin que haya consenso entre la crítica sobre la autenticidad de los agregados).

No hay duda de la excelente acogida que el público de aquel entonces dispensó a este poema épico, aunque debemos expresar en seguida que no fue leído con el mismo criterio de literariedad que hoy asignamos a un texto poético; antes bien, *La Araucana* fue interpretada como una crónica rimada de las cosas de Chile, relatada por un actor y testigo que se atiene a la verdad histórica. Su base de general autenticidad no se cuestiona, aceptándose bien su natural mixtura con lo lírico o retórico, sin que se resienta por ello la impresión de veracidad de lo escrito. Según afirma Lerner: «El poema de Ercilla funcionó como documento durante más de tres siglos»[1]. Las palabras prologales del poeta, así como la aparente improvisación de muchos de sus versos, transmiten dicha sensación de verismo:

> El [tiempo] que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual, porque fuese más cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos[2].

Así que en Europa se lee el poema de Ercilla como si de un documento cronístico se tratase, cerrándose muy pronto el círculo con la llegada del libro a Chile, hacia 1571 (nos referimos a la primera parte, cantos I-XV). Uno de sus seguros lectores en el Nuevo Mundo fue el capitán Alonso de Góngora Marmolejo: nacido en Carmona hacia 1524, llegó a Chile en 1549, donde permaneció hasta su muerte en 1575. Fue autor de una *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile […] desde el año de 1536 […] hasta el año de 1575*[3]. En la dedicatoria, Góngora Marmolejo explica cómo concibió su crónica a modo de reacción al poema ercillano:

---

* Este trabajo es complementario de otro titulado «Pedro Ordóñez de Ceballos en América: un nuevo texto en torno a la prueba del tronco (*La Araucana*, canto II)», en *América en España: influencias, intereses, imágenes*, ed. I. Simson, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 69-116.

[1] Lerner, 1993, p. 20.

[2] Ercilla, *La Araucana*, p. 69 («Prólogo»). Cito siempre por la edición de Lerner, Madrid, Cátedra, 1993.

[3] Las citas se hacen por la edición de Esteve Barba, Madrid, Atlas (BAE, 131), 1960.

> Y ansí pareciéndome que los muchos trabajos e infortunios que en este reino de Chile de tantos años como ha que se descubrió han acaecido, más que en ninguna parte otra de las Indias, por ser la gente que en él hay tan belicosa, y que ninguno hasta hoy había querido tomar este trabajo en prosa, quise tomallo yo; aunque don Alonso de Arcila, caballero que en este reino estuvo poco tiempo en compañía de don García de Mendoza, escrebió algunas cosas acaecidas en su *Araucana*, intitulando su obra el nombre de la provincia de Arauco; y por no ser tan copiosa cuanto fuera necesario para tener noticia de todas las cosas del reino, aunque por buen estilo, quise tomallo desde el principio hasta el día de hoy, no dejando cosa alguna que no fuese a todos notoria[4].

Concretando fechas: Ercilla estuvo en Chile aproximadamente un año y medio (de junio de 1557 a diciembre de 1558, tras la batalla del fuerte de Quipeo)[5] y en la primera parte de *La Araucana* se poetizan hechos desarrollados durante tres años y medio (desde la muerte de Valdivia a finales de 1553, hasta la llegada a Chile de García Hurtado de Mendoza en junio de 1557)[6]. Frente a estos datos, la crónica de Góngora Marmolejo abarca un total de cuarenta años (1536-1575), coincidiendo los veintiséis últimos (1549-1575) con su estancia en Chile. De ahí la lógica de que los rasgos diferenciales aducidos por Góngora Marmolejo frente a su antecesor sean básicamente dos:

—Sustitución del verso por la prosa.

—Elemento cuantitativo: el poeta estuvo poco tiempo en Chile y por consiguiente su relato no puede ser muy dilatado. El prosista conoce más y mejor el terreno y opta por el criterio de la extensión y el acopio de datos, con el prurito añadido de empezar desde el principio y no por la mitad[7].

Con todo, hay que insistir que es en *La Araucana* donde se produce la *invención* de Chile, lo chileno y lo araucano, creándose un imaginario colectivo que pronto penetraría en Occidente. En los siglos XVI, XVII y XVIII, salvo algunos eruditos, muy pocos conocieron detalles de la conquista de Chile por otras vías: el propio Ercilla cita al maestro Juan Cristóbal Calvete de Estrella, que fue preceptor suyo, como autor de una historia de Chile y Perú en latín, de la cual hoy no queda el menor rastro (*La Araucana*, IV, 70, 1-2). León Pinelo, un gran sabio de la época que publicó el *Epítome de la Biblioteca Oriental y Occidental, Náutica y Geográfica* (Madrid, 1629), al ocuparse de las «Historias del reino de Chile» recoge un total de catorce entradas, si bien de muy diversa naturaleza: hay cuatro poemas épicos, dos piezas de teatro, cinco informes político-militares o religiosos y tres obras de tipo histórico[8].

---

[4] Góngora Marmolejo, 1960, p. 77 («Dedicatoria a don Juan de Ovando, presidente del Real Consejo de las Indias»).

[5] Su experiencia americana se completa con los años pasados en Perú: 1556-1557 y 1559-1563.

[6] En las partes segunda y tercera de *La Araucana* se incluyen sucesos de los años 1557-1558.

[7] Su frase «quise tomallo desde el principio hasta el día de hoy» trae a la memoria el inicio de otros textos, tal por ejemplo el del *Lazarillo de Tormes*, pp. 10-11: «Parescióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona».

[8] Antei, 1989, pp. 95-96.

Entre estas últimas cita una *Historia de Chile* manuscrita del coronel Juan Ruiz de León, hoy desconocida, así como la crónica de Jerónimo de Vivar, el más reciente hallazgo de la historiografía moderna[9]. Y es que aunque Góngora Marmolejo dice ser el primero en prosificar sobre los sucesos chilenos, hoy sabemos que eso es inexacto, pues Vivar concluyó su crónica el 14 de diciembre 1558. El título concreto es *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*; como es usual en los cronistas, no se olvida de asegurar que solo escribirá sobre aquellos episodios de los que tiene conocimiento directo, ya sea como actor, testigo o a base de informantes:

> He hecho y recopilado esta relación de lo que yo por mis ojos vi y por mis pies anduve […]. Y estoy confiado, como ciertamente me confio, que en todo seré creído, y porque no me alargaré más de lo que vi, y por información cierta de personas de crédito me informé, y por relación cierta alcancé de lo que yo no viese.
>
> No pondré ni me alargaré más de como ello pasó y como yo lo vi y como ello aconteció[10].

El panorama textual se enriquece con la *Crónica del reino de Chile* del capitán Pedro Mariño de Lobera. Este pontevedrés de nacimiento, tras el obligado paso por Perú, llegó a Chile en 1552, participando en muchos combates; en 1575 era corregidor de la ciudad de Valdivia; más tarde regresó a Lima, donde murió en 1584. Poco antes había puesto su manuscrito en manos del P. Bartolomé de Escobar (SJ) para que lo redujera «a nuevo método y estilo». Aunque se ha perdido el original, sí conservamos la refundición de Escobar[11], cuyo trabajo consistió en pulir y adornar retóricamente la supuesta tosquedad estilística de Mariño, sin merma –según él– en la exactitud y puntualidad de la información primigenia:

> Pedro Mariño de Lobera, autor de esta historia, el cual con extraordinaria diligencia escribió así las cosas de que fue testigo, como persona que se halló en Chile casi a los principios de su conquista, como las que inquirió con tanta solicitud, que ninguna cosa más deseaba que el no ver en su historia cosa que discrepase un punto de la verdad averiguada. Y desto puedo decir que soy testigo; porque del mesmo modo con que conmigo hablaba desto pocos días antes que muriese, colegía yo claramente ser pura verdad la que trataba […]. Y bien se le echa de ver que no atendía a otra cosa sino a la verdad sola y apurada; pues ni se curó de lenguaje ni estilo […]. Habiendo acabado de escribir su historia, deseando que se reprodujese a disposición, lenguaje y estilo, se contentó con quien tan corto caudal y suficiencia tiene como yo.
>
> Solo me resta que decir que, aunque yo no soy autor desta historia, ni he añadido cosa concerniente a la sustancia, antes quitado …….. por evitar prolijidad, y si algunas he de nuevo escrito, son algunos puntos comunes al Perú y Chile que yo he visto, y han sido

[9] Manejo la edición de Barral Gómez, Madrid, Historia 16, 1988.
[10] Vivar, *Crónica*, citas en pp. 40-41 («Dedicatoria a Carlos V») y p. 43 («Proemio»).
[11] Manejo la edición de Esteve Barba, Madrid, Atlas (BAE, 131), 1960.

> necesarios para declaración y entereza de la historia, de suerte que ..... por mi ..... he puesto, por la mayor parte no es más que la disposición y estilo[12].

Aunque algo alejado del uso cronístico, podemos agregar a la nómina el *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, escrito por el maestre de campo Alonso González de Nájera[13]. Este militar llegó a Chile en 1601 y allí guerreó durante varios años hasta que, impedido para la batalla por sus heridas, regresó a España en 1607. Su objetivo era describir la situación bélica de Chile y proponer cambios en la estrategia militar. Concluye su obra el 1 de mayo de 1614 y se la envía, dedicada, al conde de Lemos, si bien no tuvo el efecto por él pretendido en lo tocante a variar la forma de combatir a los indios. Siguiendo las huellas de sus predecesores, protesta por las sospechas «de poco crédito que consigo traen las relaciones que se hacen de tierras remotas»[14], a lo cual se le aplica el consabido antídoto de que solo se referirán sucesos conocidos de primera mano:

> Lo que puedo asegurar, como autor que he sido desta obra, es que he cuidado cuanto me ha sido posible en sacarla tan casta que se manifieste en ella una sencilla original verdad desnuda de toda arte, especialmente de ficciones.
>
> No pienso hacer mención en este tratado (como otras veces he dicho) sino de los sucesos de mi tiempo, y aún de los que yo hubiere sido testigo, referiré solamente algunos en que se verán las estratagemas y ardides de guerra que usaron aquellos bárbaros en un fuerte que tuve a mi cargo, ribera del gran río Biobío[15].

En resumen, dejando aparte documentos de archivo de primera entidad como cartas particulares y demás[16], las fuentes historiográficas chilenas contemporáneas al periodo de la conquista son[17]:

—Jerónimo de Vivar, *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile* (acabada en 1558).

—Alonso de Ercilla, *La Araucana* (en tres partes: 1569, 1578 y 1589).

---

[12] Mariño-Escobar, *Crónica*, pp. 227 y 230 («Dedicatoria a García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete», firmada por Bartolomé de Escobar).

[13] Cito por la edición de Medina, Santiago de Chile, Imprenta Ercilla, 1889.

[14] González de Nájera, *Desengaño*, p. XIII («Dedicatoria a don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos»).

[15] González de Nájera, *Desengaño*, p. 2 («Prólogo al lector») y p. 100 (Libro II, punto 2, capítulo 4).

[16] Véanse, a los efectos, las magnas *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile colectados y publicados por José Toribio Medina* (primera serie, 1888-1902, 30 vols.; segunda serie, 1956-1963, 6 vols.), y *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional* (1861-1953, 51 vols.).

[17] Hago caso omiso de textos más tardíos como los de Vázquez de Espinosa (*Compendio y descripción de las Indias*, segunda parte, libro VI, h. 1630); Alonso de Ovalle (*Histórica relación de Chile*, 1646); Santiago de Tesillo (*Guerra de Chile*, 1647; *Restauración de Arauco*, 1665); Diego de Rosales (*Historia general del reino de Chile, Flandes indiano*, h. 1655), José Basilio de Rojas (*Apuntes de lo acaecido en la conquista de Chile*, h. 1672), etc.

—Alonso de Góngora Marmolejo, *Historia de todas las cosas que han acaecido en el reino de Chile* (abarca desde 1536 hasta 1575, que es cuando la acabó).
—Pedro Mariño de Lobera, *Crónica del reino de Chile* (terminada en 1584 y luego reelaborada por Bartolomé de Escobar).
—Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile* (concluida en 1614).

Lo llamativo es que, exceptuando el caso de Ercilla, todos los demás textos permanecieron inéditos durante tres o incluso cuatro siglos: Góngora Marmolejo salió a la luz en 1852 en Madrid (tomo IV del *Memorial Histórico Español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia*); Mariño de Lobera lo hizo en 1865 en Santiago de Chile (tomo VI de la *Colección de Historiadores de Chile*); les siguió González de Nájera en Madrid en 1866 (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*); por último está el caso extremo de Vivar, el más antiguo de todos y el último en aparecer, pues no fue impreso hasta 1966 en Santiago de Chile (Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina)[18]. Así que mientras todos estos manuscritos dormían el sueño de los anaqueles en alguna oscura biblioteca, se sucedían las ediciones, continuaciones, imitaciones o contestaciones al poema ercillano, naciendo una vasta *materia araucana* que tomará cuerpo en muy distintos géneros (desde la épica culta y el romancero hasta el teatro y la novela[19]), lo cual explica que Europa se forjara una visión de Chile derivada casi exclusivamente de Ercilla. La paradoja radica en que Ercilla es el único de la nómina que recurre a la literatura huyendo del estilo cronístico; es además el que menos tiempo residió en Chile, el que menos años abarca de la historia del país y, por ende, el que menor acopio de datos aduce. Pero fue el único que se leyó durante casi trescientos años, y por eso todavía hoy se detecta en Occidente una confusión o equiparación entre lo araucano y lo

[18] El manuscrito se conserva en la Newberry Library de Chicago. La lujosa edición chilena de 1966, en tamaño folio, contiene el facsímil en las páginas de la izquierda, enfrentado a la derecha con la transcripción del texto, semimodernizada, que hizo Irving A. Leonard. Hay otra edición más fiable al cuidado de Leopoldo Sáez Godoy, Berlín, Colloquium, 1979. Como se ha dicho antes, nos servimos de la más asequible de Barral Gómez, 1988.

[19] He aquí algunos de sus hitos principales: a) épica: Pedro de Oña, *Arauco domado*; Diego de Santisteban Osorio, *Cuarta y quinta parte de La Araucana*; Juan de Mendoza Monteagudo, *Las guerras de Chile*; Hernando Álvarez de Toledo, *Purén indómito*; hay que añadir la serie de romances anónimos basados en *La Araucana* de Ercilla; b) teatro: Lope de Vega, *Arauco domado* y *La Araucana* (auto sacramental atribuido); Ricardo de Turia, *La bellígera española*; Luis de Belmonte y otros ocho ingenios, *Algunas hazañas de las muchas de Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*; Gaspar de Ávila, *El gobernador prudente*; Francisco González de Bustos, *Los españoles en Chile*; c) prosa erudita: Cristóbal Suárez de Figueroa, *Hechos de Don García Hurtado de Mendoza, cuarto Marqués de Cañete*; d) novela: Francisco Loubaisín de la Marca, *Historia tragicómica de Don Enrique de Castro*; Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, *El cautiverio feliz*; Juan de Barrenechea, *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*. Una visión aglutinadora de tan extenso corpus ofrece Lerzundi en sus trabajos de 1978 y 1996.

chileno. De poco les valía a los Vivar, Góngora Marmolejo y compañía su copiosidad en las cosas de Chile mientras permaneciesen inéditos. Por suerte, tal situación empezó a cambiar en el siglo XIX y hoy sigue haciéndolo a buena marcha, aunando esfuerzos en ciencias tan dispares como la historiografía, filología, antropología, etnología, arqueología y otras.

2. El *toqui* Caupolicán y la prueba del tronco

La demora con que hemos tratado estos aspectos cronísticos tiene por objeto mostrar el estado de la cuestión en torno a la figura de Caupolicán. En el canto II de *La Araucana* Ercilla nos presenta a los aborígenes celebrando una junta con el ánimo de aunar fuerzas contra los españoles. El viejo cacique Colocolo pronuncia una arenga (canto II, estrofas 28-35) donde establece las reglas que han de seguir los indios araucanos para la elección de un jefe militar o *toqui*:

> Mas ha de haber un capitán primero,
> que todos por él quieran gobernarse.
> Éste será quien más un gran madero
> sustentare en el hombro sin pararse,
> y pues que sois iguales en la suerte,
> procure cada cual de ser más fuerte[20].

Iniciada la competición, vemos cómo Paicabí, Cayocupil, Gualemo, Angol, Purén, Lemolemo y otros sostienen el tronco unas horas. Lincoya los supera ampliamente aguantándolo más de un día, pero el verdadero héroe fornido será Caupolicán, quien mantiene el leño sobre sus hombros dos días enteros hasta que, sin todavía soltarlo, los araucanos lo proclaman jefe por aclamación (II, 58-59). Así concluye el episodio en la primera edición de *La Araucana* (Madrid, 1569), la cual, recuérdese, ya se leía dos años después en América. Pero tal prueba del tronco impresionó a los lectores y pronto surgieron comentarios sobre la exageración poética con que se había adornado, de ahí que en futuras ediciones del texto Ercilla agregase inmediatamente después tres octavas (II, 60-62), insistiendo en la veracidad de su versión y en que ése y no otro fue el sistema propuesto por el anciano Colocolo para seleccionar al jefe:

> Es cosa en que mil gentes han parado
> y están en duda muchos hoy en día,
> pareciéndoles que esto que he contado
> es alguna fición y poesía[21].

[20] Ercilla, *La Araucana*, p. 116 (II, 35, 3-8).
[21] Ercilla, *La Araucana*, p. 123 (II, 60, 1-4).

La cronología de este lance habría que establecerla en los últimos días del año 1553 o primeros de 1554, según las fechas que maneja Vivar. Para este cronista la elección del *toqui* fue inmediatamente posterior a la muerte de Valdivia; Ercilla invierte los hechos y será tras la junta de indios cuando llegue el fin de Valdivia. Aunque ya hemos incidido antes sobre la clave verista con que se escribió y leyó el poema ercillano, quizás sea oportuno traer a colación otra voz de la época que redunda en la misma idea, la de Juan Gómez de Almagro. Este soldado intervino en las guerras de Chile y fue elogiado por Ercilla en dos ocasiones (cantos IV y XV); consta asimismo que hablaba la lengua de los araucanos, lo cual otorga mayor crédito a su testimonio[22]. Pues bien, Juan Gómez de Almagro escribió una «Aprobación» de la primera parte de *La Araucana* (impresa al final del volumen de Pierres Cossin, Madrid, 1569), donde se encarece la veracidad del poema:

> En lo que toca a la verdad de la historia yo no hallo cosa que se pueda enmendar, por ser, como es, tan verdadera, así en el discurso de la guerra y batallas y cosas notables, como en la discripción y sitios de la tierra *y costumbres de los indios*; y esto puedo decir como hombre que ha estado en ella más de veintisiete años, siendo de los primeros que entraron a conquistarla […], y vi a don Alonso de Ercilla servir a su majestad en aquella guerra, donde públicamente escribió este libro[23].

Ya hemos visto que aunque ese fue el sentir general hubo voces discrepantes; sin duda el episodio que mayor polémica suscitó fue el que ahora nos ocupa de la prueba del tronco. Conviene recordar que en la junta de indios donde se dirimió la jefatura de Caupolicán no hubo español alguno, por lo que todas las noticias que tenemos del caso proceden de informantes araucanos que después hablaron con los conquistadores. Góngora Marmolejo no nos ayuda a aclarar la cuestión; cuando trata de la muerte de Valdivia habla, sí, de una junta de indios, pero omite cualquier referencia a la elección del *toqui*[24].

Todo lo contrario ocurre en la crónica de Mariño-Escobar, donde no se concede a Caupolicán la misma relevancia que le otorgara Ercilla. Sobre la prueba del madero se comenta lo siguiente:

> No quiero dejar de advertir al lector sobre este punto, que si acaso leyere la historia llamada *Araucana*, compuesta por el ilustrísimo poeta don Alonso de Ercilla, vaya con tiento en el dar el legítimo sentido a las palabras con que pondera el largo tiempo que este Caupolicán tuvo en sus hombros un pesadísimo madero, arrojándole después un grande trecho de sí, como cosa en que consistía su elección, por estar determinado que el que más tiempo sustentase aquel madero fuese electo; en lo cual, me refiero a su historia, avisando aquí al lector que entienda que este caballero habla como poeta con

---

[22] Góngora Marmolejo, *Historia*, p. 107: «Juan Gómez, como sabía la lengua, le respondió en ella» (cap. XV).

[23] Ver Medina, 1916 y Lerner, 1993, p. 20. El énfasis es mío.

[24] Góngora Marmolejo, *Historia*, cap. XIV. Al final del capítulo, p. 105, se especifica: «Yo me informé de un principal y señor del valle de Chile en Santiago, que se llamaba don Alonso y servía a Valdivia de guardarropa, que hablaba en lengua española, y de mucha razón, que estuvo presente a todo».

> exageración hiperbólica, la cual es tan necesaria para hacer excelente su poesía, como lo es para mi historia el ser verdadera sin usar de las licencias que Horacio concede a los poetas […].
> Así, mientras la exageración es mayor, tanto más se debe alabar a don Alonso de Ercilla; poniendo empero resguardo a que entienda el lector que no por esto deja de ser verdad comúnmente lo que escribe, pues una ficción no quita el crédito a la poesía. Y así verá el lector que en las más concuerda con lo que aquí se escribe, que es lo que pasó en efecto de verdad. Digo, pues, que ni el indio tuvo tal madero tanto tiempo como allí se refiere, ni tampoco fue este el negocio en que consistía el ser electo por capitán general, porque no son los indios araucanos y tucapelinos tan faltos de entendimiento que viniesen a reducir todas las buenas partes necesarias para tal oficio a una sola y de tan menuda prueba como era el sustentar un árbol siendo cosa que podía caer en el indio más incapaz de todas para tal cargo, y así se debe entender que esta prueba se hizo no sola, ni como la única que calificaba al general, sino entre otras muchas, como correr, saltar, luchar, blandear una lanza, y otras para que se diese el cargo a aquel en quien más partes concurriesen atendiendo en primer lugar a la sagacidad y prudencia; y por ser Caupolicán tan aventajado en todos los requisitos concernientes a tal oficio, fue nombrado y recibido por general[25].

La cita es larga, pero vale la pena apurar todo su significado, pues en lo atañadero al tronco no contradice tan a las claras a Ercilla como parece. Partiendo de la base de que no tenemos la certeza sobre si tales precisiones se deben a Mariño de Lobera o al P. Escobar, el pero principal radica en que Ercilla se vale de la licencia poética para dibujarnos a un ciclópeo Caupolicán aguantando la viga durante dos días, mientras que el prosista renuncia a toda libertad o exageración épica para ceñirse a la verdad desnuda. Su discrepancia nace en el tono hiperbólico empleado por Ercilla, que según Mariño-Escobar atentaría contra el sentido común de las gentes[26]. Pero es de notar que el cronista no niega la mayor, esto es, no dice que no hubiera certamen del madero, antes al contrario dice que sí lo hubo, pero que fue una más de las pruebas que Caupolicán tuvo que superar: correr, saltar, luchar, blandear una lanza, etc. Interprétese pues que a Mariño-Escobar no le gustan dos cosas de Ercilla: a) que exagere el tono; b) que seleccione las competiciones hasta quedarse con una sola, omitiendo el resto. En una palabra, critica la poetización de Ercilla como algo impropio de una crónica, pero a su vez defiende la veracidad global del poema, incluido el lance del leño.

Sobre las varias competiciones que se hacían en las juntas de indios, aporta Ordóñez de Ceballos un valioso testimonio en su *Viaje del mundo* (libro I, cap. 28), del cual trataremos más abajo, si bien conviene ahora adelantar un pasaje al caso, aunque no se refiera a los araucanos. Al hablar de los indios pijaos (asentados en la comarca de Popayán, Ibagué, Toro y Cali, en Colombia) y de su costumbre de comer carne humana, destaca cómo dos caciques llamados Pijao y Calocoto proponen al resto dejar tal práctica para evitar la mortandad entre ellos, cosa que

---

[25] Mariño, *Crónica*, p. 331 (Parte III, cap. 41).

[26] Idea con la que estamos básicamente de acuerdo, siempre y cuando queramos abstraernos de la dimensión épica inherente al poema y pretendamos sujetarnos a la desnuda verdad de los hechos.

ninguno acepta. En total se juntaron setenta y dos caciques contrarios a la idea de abandonar el canibalismo, que compitieron contra los citados Pijao y Calocoto:

> Después de voceado el caso y hechas borracheras y echadas suertes, fue acordado que estos dos caciques lo defendiesen en campo a todos los demás con las armas que quisiesen, así en peleas como en pruebas. Venció Pijao a tres en beber, a dos en nadar, a cinco en mejores suertes, a once en luchar, a dos en correr, a seis en jugar la lanza, a otros seis en macana, a cinco en tirar arco y honda, a nueve *en tener peso a cuestas* y a tres grandes comedores en comer carne humana. Y el cacique Calocoto venció a los demás en las mismas cosas, de suerte que no fueron vencidos de ninguno. Quedó en ellos el señorío de general y maese de campo[27].

Este texto de Ordóñez refuerza la tesis de Mariño-Escobar en el sentido de que las competiciones pudieron ser variadas y no una sola; además, la sucinta expresión «tener peso a cuestas» induce a pensar de nuevo en la prueba del tronco (u otra similar) como práctica extendida por los aborígenes de América del Sur. Pero no solo en Sudamérica: saliéndonos por un momento del contexto indiano, cabe aducir una referencia a los usos y costumbres de los musulmanes de Constantinopla que, a la altura de 1591, celebraban así el final del ramadán, según indica Diego Galán, cristiano cautivo que vivió entre los turcos varios años:

> Con esto y con muchos bailes, volatines, luchadores y otros, que apuestan a quién más sustenta un madero grueso puesto en los hombros y le trae dando vueltas, dan fin a su cuaresma y pascua[28].

Vamos viendo que la competencia de tener un tronco o cualquier otro peso a cuestas no es tan rara como en un principio pudiera parecer, llegando en el siglo XVII español a formar parte del imaginario colectivo, como lo demuestra el siguiente pasaje de Tirso de Molina: en una de sus comedias, *El caballero de Gracia*, escrita hacia 1620, el gracioso Ricote refiere este cuentecillo popular, rebosante de misoginia, sí, pero que vuelve a echar mano del motivo que ahora nos ocupa:

> Dicen que en cierta nación
> era por rey adorado
> aquel que a cuestas tenía
> la cosa de mayor peso,
> saliendo con el suceso
> quien más tiempo le sufría.
> Una vez se convocó
> al pueblo a elegir cabeza
> y hubo quien tal fortaleza
> entre los demás mostró,
> que un enano entero tuvo
> día y medio, sin que hubiese

[27] Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, I, 28, p. 135. El énfasis es mío.
[28] Diego Galán, *Cautiverios y trabajos*, p. 175.

quien competir se atreviese
con él; y al tiempo que estuvo
casi el reino en su poder
y el pueblo le engrandecía,
salió otro que traía
a cuestas a su mujer,
y la gente convocada
en su favor sentenció,
que con la mujer no halló
otra cosa más pesada[29].

Volviendo a nuestra línea argumental, más decisivo en contra de la opinión de Ercilla, si bien menos explícito, resultará el testimonio de González de Nájera. Este soldado metido a cronista recurre a la *captatio benevolentiae* para justificar su poco limado estilo: «No debe desacreditar la falta de retórica lo que me he esforzado a persuadir en materia de guerra, si se mira a que ha sido el autor más profesor de armas que de letras»[30], insistiendo luego en que él pertenece a la escuela de Marte y no a la de Minerva[31]. Todo lo cual sirve para marcar distancias entre su punto de vista y el adoptado por Ercilla y sus continuadores:

> Porque si bien es verdad que escribieron en verso los autores que sabemos, lo que dieron a entender de aquella tierra y gente natural, tejiendo flores en los hechos de armas, ornando con las veras sus ficciones, más fue (a mi ver) para engrandecer sus ingenios que par dar alguna luz o sustancial regla para el reparo de las necesidades de aquella conquista y deseado fin della[32].

González de Nájera divide su *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile* en cinco libros. Nos interesa ahora el libro primero, relación tercera, donde trata de «Las verdaderas partes y calidades de los indios de Chile», y en concreto los capítulos 1 («Que los indios de Chile no son más robustos, membrudos ni de mayor estatura que nuestros españoles») y 2 («Que los indios no se aventajan en agilidad ni en fuerzas personales a nuestros españoles»). Como se puede apreciar, ambos capítulos tratan de desmitificar el poderío físico de los aborígenes chilenos, opinión muy extendida por el Nuevo y el Viejo Mundo[33]. No menciona, en verdad,

---

[29] Tirso de Molina, *El caballero de Gracia*, p. 273.

[30] González de Nájera, *Desengaño*, p. XIV («Dedicatoria a don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemos»).

[31] González de Nájera, *Desengaño*, p. 1 («Prólogo al lector»).

[32] González de Nájera, *Desengaño*, pp. 1-2 («Prólogo al lector»).

[33] Sirva como muestra esta cita de fray Diego de Ocaña, comentando su propio dibujo de Caupolicán (ver la ilustración 1): «Indio del valle de Arauco. Caupolicán. Este mató al gobernador Valdivia. Este es el traje de los indios del valle de Arauco, que son más corpulentos y más fornidos que los demás» (1969, p. 115). Fray Diego de Ocaña recorrió buena parte de Chile en el año de 1600 (1969, p. 123), deslizando sobre los indígenas alguna otra opinión al caso como la que sigue: «Tienen juntas y bailes y grandes borracheras, adonde tratan las cosas contra los españoles. Son indios corpulentos y espaldudos» (1969, p. 123).

a Ercilla, pero el empleo de adjetivos tan poco usuales como *milónico* o *ciclópico* nos permite conjeturar, creo, que el cronista escribe en contra del hiperbólico estilo ercillano, teniendo *in mente* la famosa victoria de Caupolicán con el árbol. He aquí la cita:

> Tiene España a los indios de Chile en posesión de que se aventajan en tan extraordinarias fuerzas, por las milónicas, o por mejor decir, ciclópicas que se les tiene atribuido, que no dejará de ser dificultoso de creer lo que en contrario probara de aquellos bárbaros, por lo que me obliga el escribir desengaño, aunque bien creo bastará para certificar que ninguno dellos se particulariza en extraordinarias fuerzas, el decir que si hubieran sido tan aventajados en ellas, estuviera en razón que en estos tiempos se hallara algún indio en todo aquel reino en opinión de señalado en fuerzas. Y esto no solamente no se ve, pero ni se sabe ni platica de ninguno dellos, pues no lo oí en ocho años que estuve en aquella guerra, habiendo tratado familiarmente no solo con los antiguos indios de paz, pero con los recién reducidos de las mejores provincias de aquel reino que trujo a nuestra amistad el gobernador Alonso de Ribera, aunque con particular cuidado lo inquirí por todos los indios que pude[34].

Abundando en esto, podría aducirse también el capítulo intitulado «De la manera que se convocan los indios para hacer sus juntas contra los nuestros» (Libro II, punto segundo, capítulo 3). En estos valiosos apuntes etnohistóricos no se menciona nada que se asemeje a la prueba del madero como método selectivo.

Así las cosas, si saltamos del siglo XVII al XIX observamos que el debate seguía abierto, participando en él un pensador de la talla de Menéndez Pelayo:

> No sabemos a punto fijo si fue invención de Ercilla la prueba del tronco; pero toda la parte del canto segundo en que esto se describe es tan épica, que parece imposible que haya nacido de la fantasía de un poeta culto. Y como este pasaje hay otros muchos: casi todo lo que se refiere a los araucanos. Ercilla pudo adornarlos, y los adornó, seguramente, con dotes y sentimientos morales impropios del grado de civilización que su raza había alcanzado, pero sin los cuales no hubieran servido para la poesía: pudo inventar, e inventó de cierto, si no los nombres de algunos caciques, las cualidades distintivas que les asigna; pero aun en esto procedió con tanta habilidad o con tan buen instinto, y sobre todo con alma tan épica, que lo inventado se confunde en él con lo verdadero […]. Es todavía un problema el determinar dónde empieza la ficción y dónde acaba la realidad, sin que el conjunto del libro deje de ser estimado por verídico[35].

Don Marcelino puso, en efecto, el dedo en la llaga, pues vemos que por la naturaleza propia del libro, por su adecuación al género épico, el poeta tenía que exornar su relato con un cierto grado de exageración; esto es, valiéndose de embriones de verdad, de lances aislados, Ercilla hilvana una secuencia épica consistente, unitaria, que buscará conmover al lector y despertar su admiración por los araucanos. Y es precisamente esto lo que ocurre con Caupolicán: a partir de un dato real (la prueba del tronco), por vía de la retórica se construye un héroe literario que irá creciendo poco a poco hasta adquirir una dimensión épica. El

---

[34] González de Nájera, *Desengaño*, p. 42 (Libro I, relación 3, capítulo 2).
[35] Menéndez Pelayo, 1948, p. 228.

nacimiento de este héroe, como el de cualquier otro, ha de cuidarse mucho, y para ello es necesario recurrir al revestimiento hiperbólico de tan singular lance: para que Caupolicán se asemeje a un cíclope clásico no le basta con ser el vencedor en la contienda, es preciso que sostenga el madero días enteros y que, aun antes de desfallecer, sea declarado ganador de modo unánime. La adecuación épica, la hipérbole, consiste en transformar en días las horas que –se supone– el héroe habría mantenido el leño en alto, en la teatralización y gestualidad con que se adorna toda la escena, etc., pero la base de dicho episodio fue real, auténtica, veraz: Ercilla solo necesitó manipularla un poco (en el sentido etimológico: trabajarla con mano de poeta) para convertirla en materia épica.

No hay duda de la eficacia de tal procedimiento entre los lectores antiguos, habida cuenta de los comentarios y discrepancias que suscitó el personaje de Caupolicán[36], pero es de notar que siglos después siguió concitando la atención y el asombro, tanto en el plano crítico como en el creativo. Así, una vez creado el personaje de Caupolicán, éste cobrará vida propia y será recreado por otros autores hasta elevarlo a la categoría de mito, el cual pasará a simbolizar la reivindicación de lo indígena frente al conquistador español[37]. En el terreno de la lírica el hito más destacado es el soneto de Rubén Darío titulado «El toqui», publicado el 11 de noviembre de 1888 en el diario *La Época*, de Santiago de Chile; soneto que más tarde será incorporado a la segunda edición de *Azul* (Guatemala, La Unión, 1890), ahora ya con el título de «Caupolicán». Nuevos ecos de la tradición hallamos en otro soneto de José Santos Chocano llamado asimismo «Caupolicán» (que abre el «Tríptico heroico» de su *Alma América*, de 1906), o en los poemas «Toqui Caupolicán» y «El empalado», de Pablo Neruda, incluidos en su *Canto general* (1950)[38]. Si abandonamos el plano lírico y nos adentramos en el antropológico, resulta obligado mencionar a Tomás Guevara, uno de los máximos conocedores de la cultura mapuche. A él se debe una dilatada serie de publicaciones donde examina aspectos etnohistóricos de los araucanos como el arte de la guerra[39], señalando no pocos elementos del poema de Ercilla que, en su opinión, son ajenos a la forma de vida de los indios[40]. Sobre la elección de

---

[36] Pedro de Oña, en *Arauco domado* (1596), opta por idealizar a Caupolicán y convertirlo en fino amador de Fresia; Diego Santisteban Osorio, en la *Cuarta y quinta parte de La Araucana* (1597), sustituye, en fin, la prueba del tronco de Caupolicán por una elección con votos depositados en una bella urna de ébano, guarnecida con perlas. Las apariciones de Caupolicán en el teatro clásico no explotan esta secuencia del tronco y prefieren otras escenas más líricas como la del baño con su amada. Tan solo en *El gobernador prudente*, de Gaspar de Ávila, se rastrea una leve referencia al caso: «Día y medio te llevé / de ventaja con la viga / que en mis hombros / sustenté» (ver la edición de Medina, 1915, p. 10).

[37] Ver Cifuentes Aldunate, 1982.

[38] Sobre la inserción de estos tres textos en la tradición araucana véanse las atinadas observaciones de Auladell Pérez, 2004.

[39] Guevara, 1898, t. I, pp. 289-304 (cap. X: «El arte militar»).

[40] Guevara, 1911 (sobre todo el cap. V: «Elementos extraños al araucano en el poema de Ercilla», pp. 159-199) y 1918.

Caupolicán por el expeditivo método del tronco, no duda en negarle cualquier asomo de veracidad:

> Los araucanos nunca tuvieron en sus asambleas de guerra la prueba de fuerza para elegir *toqui* o director de alguna empresa bélica. Poseían para este particular un ceremonial invariable[41].

Y en ello insistirá años después:

> Hablamos de la inverosimilitud de esta escena, por no haber existido jamás esta clase de pruebas entre los araucanos y haberlo puesto en duda uno de los cronistas muy digno de crédito [alusión a Mariño de Lobera]. Insistiremos en nuestra opinión, si ello es necesario, y expondremos algunos datos acerca del grado de fuerza corporal de los indios [comparte la tesis de González de Nájera][42].

En una postura frontal a Guevara se manifiesta Thayer Ojeda. Ambos estudiosos mantuvieron una animada polémica: a los asertos del primero en 1911 (*Folklore araucano*) le contestó el segundo en 1915 («Los héroes indígenas») y en 1917 (*Ensayo crítico*), el cual a su vez tuvo respuesta en 1918 (*La etnología araucana*). Básicamente Guevara niega cualquier validez de *La Araucana* como fuente etnológica, mientras que para su oponente ésta sí resulta útil en no pocos momentos. Con todo, en el caso concreto de la prueba del tronco coinciden los dos, pues a Thayer Ojeda también le parece cosa imaginada por el poeta, dudando incluso de la existencia real de nuestro *toqui*: «El Caupolicán de *La Araucana* fue una creación de Ercilla con meros fines poéticos»[43]. Avanzando por el siglo XX, en el prestigioso *Handbook of South American Indians*, distintos especialistas estudian los usos y costumbres de los mapuches; así, ni Cooper ni Métraux mencionan nada que tenga que ver con la competencia del madero[44]. En todo caso esto solo probaría que en los siglos XIX y XX ya no se conservaba tal tradición selectiva entre los indios, pero entiendo que no resta validez absoluta a que dicha práctica sí estuviese vigente –como creo– en el siglo XVI, durante las guerras con los españoles. De hecho, partiendo de un corpus de fuentes bastante homogéneo, algunos investigadores defienden la utilidad etnohistórica de muchas crónicas, cartas, etc., mientras que otros las desechan, argumentando que son apreciaciones distorsionadas de unos conquistadores que no podían comprender los entresijos de las culturas indígenas.

Pero no solo los antropólogos: la crítica literaria, hasta bien entrado el siglo XX, se ha decantado mayoritariamente en este mismo sentido de negar la veracidad

---

[41] Guevara, 1911, p. 199.
[42] Guevara, 1918, pp. 9-10.
[43] Thayer Ojeda, 1915, p. 363.
[44] Cooper, 1946 y Métraux, 1949.

del lance de Caupolicán con el leño[45]. Oliver Belmás apunta que se han esgrimido tres teorías explicativas del pasaje: 1) el peso del madero sobre los hombros de Caupolicán simbolizaría el peso moral del mando; 2) Ercilla, de origen vascongado, hizo una transposición de ciertas prácticas deportivas vascas (alzamiento de piedras o troncos) a tierras chilenas; 3) el tronco es un símbolo de la redención, con minúscula, de los araucanos[46]. El panorama cambia de modo radical a partir de un decisivo trabajo de Durand (1978), quien ya logra cotejar a Ercilla con el recién descubierto Vivar (1966). Pues bien, para sorpresa general, once años antes de que se publicase *La Araucana*, el cronista burgalés se hacía eco de la elección de Caupolicán en términos afines a los del poema: ver el cap. 117 de la *Crónica y relación copiosa y verdadera de los reinos de Chile*. El anciano que propone el certamen se llama Millarapué y no es el Colocolo de Ercilla[47], pero sus argumentos son parecidos:

> Les dijo que callasen y que les rogaba le oyesen. Y así lo hicieron. Y les habló en esta manera:
> «¿Cómo, hermanos y amigos, yendo como vamos y de victoria contra nuestros enemigos, y que los que quedan ya no son parte a resistir nuestras fuerzas, por qué permitís que haya entre nosotros discordias? Yo quiero dar mi parecer, porque ya no soy para otra cosa, si aprovechare».
> Y mandó traer un trozo de palo grande y pesado, que bien tenía un indio que levantarlo del suelo. E díjoles que allí quería él ver las fuerzas de cada uno e no en los desafios, y que el que más tiempo aquel trozo en los hombros trujese fuese general, y de todos obedecido[48].

El indio vencedor (de nombre Caupolicán para Ercilla y Teopolicán para Vivar) se convierte, en efecto, en *toqui* de los araucanos, coincidiendo ambos autores en que era tuerto y en que sostuvo la viga en alto más de dos días. Ante semejantes afinidades, Durand deduce que la hazaña del madero es auténtica, histórica, y como tal hay que reinterpretarla en futuras lecturas del canto II de *La Araucana*. En abono de esta hipótesis podemos aducir la opinión de Holdenis Casanova respecto a la *Crónica* de Vivar: esta antropóloga, en un estudio sobre el rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica, considera el texto de Vivar como «el mejor testimonio de que disponemos», «un relato […] ordenado y veraz» y la

---

[45] Como muestra un botón: uno de los máximos especialistas en *La Araucana*, M. A. Morínigo, sostiene que la elección de Caupolicán es de «carácter fabuloso» (1966, p. 17), en lo cual abundará algo después: «La prueba del tronco para la elección de Caupolicán es, con toda justicia, una de sus más flagrantes invenciones» (1979, p. 29).

[46] Oliver Belmás, 1969, pp. 140-141.

[47] Con todo, Vivar sí cita a Colocolo, aunque no como un anciano sino como otro fornido cacique que participa en la contienda del tronco y logra auparlo durante medio día (*Crónica*, p. 294).

[48] Vivar, *Crónica*, p. 294.

crónica «más abundante en datos etnográficos»[49]. Gracias a él hoy se puede distinguir, bajo la denominación general de *mapuches* (cultura asentada entre el río Aconcagua y el golfo de Reloncaví, que –salvo leves diferencias dialectales– hablaba la misma lengua), variantes indígenas como los *picunches* (al norte, entre el Aconcagua y la Angostura de Paine), *promaucaes* (a continuación, hasta el río Maule), *araucanos* (entre los ríos Itata y Toltén) y *huilliches* (de Valdivia hacia el sur)[50]. A su vez, cada uno de estos subgrupos estaba segmentado en tribus, clanes (el jefe de un clan o parcialidad se llamaba *levo*), linajes (la cabeza de un linaje se denominaba *lonko*) y familias.

En las guerras contra los españoles todos estos grupos unieron parcialmente sus fuerzas con cierta frecuencia. Los cronistas dejan constancia fehaciente de las juntas de indios y del ritual con que se desarrollaban[51]. Según se ha visto, en una sola ocasión, la relatada por Vivar (*Crónica*, cap. 117, pp. 293-94), se explica con detalle la prueba del tronco; Góngora Marmolejo no dice nada al respecto; González de Nájera la refuta; Mariño de Lobera pretende negarla, pero acaba confirmando su existencia; el panorama se completa, claro, con Ercilla, que se ajusta mucho a la versión de Vivar. Tras el decisivo artículo de Durand, la crítica ha seguido insistiendo en las diferencias y semejanzas entre Vivar y Ercilla. Para Durand no existe intercambio alguno entre el prosista y el poeta; es más, Vivar no menciona en su *Crónica* al soldado Ercilla ni concuerda con él en todos los detalles: hay muchas divergencias entre ambos, por eso tiene mayor validez la coincidencia en el episodio de Caupolicán con el tronco. En esta línea interpretativa se posicionan Zapater[52], Vega[53], Villalobos[54] y Orellana Rodríguez[55], todos ellos chilenos; en palabras de este último:

---

[49] Casanova, 1985, pp. 32 y 37. Agradezco muy sinceramente a mi colega Mariela Insúa su infinita paciencia por facilitarme copia de este y otros trabajos chilenos, que tan poco accesibles resultan desde el lado español.

[50] Además de Casanova, 1985, para el conocimiento de los picunches y promaucaes véase León, 1992.

[51] Ver por ejemplo Vivar, *Crónica*, pp. 265-266 y 293-294; Mariño de Lobera, *Crónica*, pp. 262, 272, 301, 306-307 y 330-331; Góngora Marmolejo, *Historia*, pp. 102-103, 110, 135, 150, 152, 154, 163, 166, 196, 198, 211, 217, 218 y 219; González de Nájera, *Desengaño*, pp. 98-100.

[52] Zapater, 1978, p. 12: «La información que [Ercilla] proporciona en el canto I sobre aspectos, especialmente militares, de la vida mapuche, es exacta, y confirmada en otras relaciones. Episodios que han sido considerados como creación poética del autor, la elección de Caupolicán, la conducta de Fresia, las arengas de Galvarino con las manos cortadas, los suicidios colectivos de guerreros mapuches para no caer en poder de los españoles, están también narrados por Gerónimo de Bibar». Zapater estudia más abajo la cultura mapuche desde el punto de vista antropológico (pp. 50-90), deteniéndose en las atribuciones militares del *toqui* y en su sistema de elección (pp. 72-73), pero no observa nada similar al caso de Caupolicán.

[53] Vega, 1980, I, p. 67: «Vivar ha establecido en forma categórica la veracidad de algunos episodios de la guerra hispanoindígena considerados hasta hace poco tiempo como

> Las dos obras se complementan, dando desde estilos diferentes y perspectivas distintas (una es sintética, la otra detallada) un relato muy parecido no solo en los hechos más conocidos, recordados y narrados una y otra vez por muchos en esos primeros años de conquista de nuevos territorios, sino también en acontecimientos que se creían inventados por el poeta[56].

Pero la crítica evoluciona rápido y algo más tarde Janik y Cordero[57] varían tal enfoque, marcando la dependencia de Ercilla respecto de Vivar: «In spite of the discrepancies, however, there are enough concordant notes to convince us that Ercilla read Vivar's chronicle in manuscript»[58]. Quien más ha reflexionado sobre todo esto ha sido Antei[59], que aboga por una segura relación intertextual entre Vivar (que presta) y Ercilla (que toma). Vivar terminó su crónica el 14 de diciembre de 1558 y justo por esos días Ercilla estaba librando sus últimas batallas en Chile y a punto de regresar a Lima, de ahí que sea verosímil que nuestro poeta

> llegara a hojear el manuscrito del burgalés. Sería difícil, en verdad, negar que entre los dos autores se verificase algún tipo de intercambio, ya que las similitudes, en ciertos puntos de ambas obras, son tales que el desconocimiento de todo canje implicaría la admisión de coincidencias casi prodigiosas. Bastante extraordinaria sería también la eventualidad de que Vivar, antes de diciembre de 1558, hubiese podido consultar esos retazos de cuero en que Ercilla iba escribiendo estrofas de su futuro poema[60].

A juicio de Antei, esta deuda de Ercilla para con Vivar alcanzaría su punto culminante en la prueba del madero, prueba que para él no es auténtica, sino «apócrifa», ideada por el cronista para dotar a su relato de un más «alto potencial imaginario», inyectándole «actitud épica»[61]. Este planteamiento, en teoría, desmonta de nuevo la tesis realista impulsada por Durand, pero dista mucho de ser definitivo, ya que se basa en dos premisas que pueden ser refutables:

---

legendarios por la crítica. Entre estos episodios cabe recordar el de la prueba del madero para elegir al jefe de las tropas araucanas».

54 Villalobos, 1983, vol. II, p. 211: «Las similitudes son accidentales y probablemente se originaron en la circunstancia, tan natural, de que los hechos más curiosos eran repetidos por los conquistadores y alcanzaban cierta difusión»; y más abajo: «Tampoco es verosímil que Ercilla se basase en Bibar. No tenía para qué hacerlo, porque los hechos coincidentes datan de la época en que estuvo en Chile, fue testigo de algunos de ellos y, además, ofrece en sus relatos mayores pormenores que el cronista».

55 Orellana Rodríguez, 1988, pp. 136-146.

56 Orellana Rodríguez, 1988, p. 144.

57 Janik, 1990, p. 372; Cordero, 2001, pp. 154-157.

58 Cordero, 2001, p. 156.

59 Antei, 1989, pp. 175-185.

60 Antei, 1989, p. 176. Muy interesante es la sugerencia de Barral Gómez (en su introducción al texto de Vivar, 1988, p. 30), en el sentido de que Ercilla y Vivar coincidieron en Lima en algún momento entre los años 1559 y 1563, ocasión que bien pudieron aprovechar para intercambiarse información sobre las cosas de Chile.

61 Antei, 1989, p. 180.

—La segura dependencia de Ercilla respecto de Vivar. Aunque esto sea cierto, no hay duda de que ambos autores, junto a su propia experiencia, se sirvieron de informantes indígenas para rellenar huecos en los hechos que no pudieron presenciar, y a este grupo pertenece el episodio que examinamos de Caupolicán. De la variedad de esos informantes procederían las afinidades y diferencias existentes entre Vivar y Ercilla[62].

—La idea de que Vivar incluye elementos apócrifos en su *Crónica*, posición que colisiona con lo apreciado por antropólogos e historiadores modernos (Casanova, Villalobos, Orellana Rodríguez).

Una posible salida a este círculo cerrado (Ercilla inventa porque Vivar también inventa) nos la ofrece el propio Durand en su citado trabajo, el cual, por cierto, no conoce Antei. El crítico peruano fundamenta su postura verista aduciendo otro documento singular como es la carta o «Relación de las cosas de Chile, dada por el licenciado Juan de Herrera», de la cual se ignora su fecha exacta pero sí se sabe que es anterior a Ercilla. Y es que Herrera también dedica un breve comentario al caso, que lo consideramos de suma importancia:

> Estos indios de los términos de la dicha cibdad de la Concepción en especial, son muy belicosos, y en tanto grado que para estar más ligeros el día de la batalla o guazavara, se purgan, y aun se han sangrado. Eligen por su capitán al que es más valiente y tiene más fuerzas, y pruébanlo en el que más tiempo tiene en el hombro una gran viga[63].

El resumen de todo este entramado textual con versiones antagónicas sobre Caupolicán queda así: hay tres autores del siglo XVI (Herrera, Vivar y Ercilla) que coinciden en presentarnos la hazaña del *toqui* con el madero como algo real; es muy importante enfatizar que los tres estuvieron en las guerras de Arauco y que son los tres testimonios más antiguos de cuantos conservamos. A ellos les sigue el mutismo de Góngora Marmolejo, la endeble refutación-aceptación de Mariño-Escobar y la negación de González de Nájera, que es varias décadas posterior a los demás. A la luz de los textos cabe reafirmar, creo, el tono general de veracidad con que se relata la hazaña de Caupolicán, aunque al propio Durand no se le oculta que: «La escena, sí, se halla ennoblecida artísticamente de muy varios modos: por la inflamada arenga del anciano, por la viva caracterización de éste, por el hábil manejo del interés narrativo, etc.»[64]. Podríamos añadir algún elemento más como el hecho de que el tronco fuese un «macizo líbano» (*La Araucana*, II, 39, 3), pero convenimos con este crítico en que la base verista queda en pie: el certamen del

---

[62] A fuer de sinceros diremos que Antei también contempla esta variable (1989, p. 179), pero apenas le concede crédito.

[63] Citado por Durand, 1978, p. 384. El documento de Herrera se imprimió en 1852, tras la edición príncipe de la *Historia* de Góngora Marmolejo (Madrid, Memorial Histórico Español, IV, «Colección de documentos inéditos relativos a la conquista y población del reino de Chile», pp. 416-420; cita en p. 417).

[64] Durand, 1978, p. 384.

tronco fue real y, en su esencia, rigurosamente histórico, probablemente aplicación no ya tanto del ingenio ocasional de un anciano cuanto de una práctica habitual entre los aborígenes araucanos. En refrendo de esta tesis podemos esgrimir ahora el nuevo texto de Jiménez Patón, que pasamos a examinar.

3. Un texto paralelo: hazañas de Pedro Ordóñez de Ceballos contadas por Bartolomé Jiménez Patón

La figura de Pedro Ordóñez de Ceballos es conocida sobre todo por su *Viaje del mundo* (Madrid, Luis Sánchez, 1614), donde refiere en primera persona sus andanzas y navegaciones alrededor del globo terráqueo[65]. Llegó a estar tres veces en América. Hizo un primer viaje muy fugaz hasta Cartagena de Indias para regresar en seguida a España por Bahamas y Cuba (abril-diciembre de 1579). En su segundo viaje también arriba a Cartagena de Indias, pero su estancia es más prolongada: lo hallamos, entre otras peripecias menores, sujetando un alzamiento de negros cimarrones y una revuelta de indios en Urabá y Caribana; inflige una severa derrota a unos navíos rocheleses que practicaban la piratería; llega a Santa Fe, Antioquia y Popayán; sufre prisión en el puerto de Buenaventura y es abandonado solo en la isla de Cocos; tras ser rescatado participa en la jornada contra los indios pijaos y paeces (*Viaje*, libro I, caps. 14-29). De nuevo en Santa Fe, se ordena sacerdote; es nombrado visitador general de dicho arzobispado y lo recorre por extenso; fue cura y vicario de Pamplona, pero no está mucho tiempo quieto, pues navega parte del río Marañón y luego desciende hasta la raya de Chile; regresa a Santa Fe, pasa por Quito, Guatemala y recorre Nueva España pasando por México y Puebla de los Ángeles; por Guayaquil y Acapulco embarca rumbo al Perú, pero las tormentas alejan su galeón –de nombre San Pedro– de la costa y lo empujan hacia el Pacífico (*Viaje*, II, 1-5). Tales andanzas se narran dentro de una gran imprecisión cronológica, si bien cabe decir que llegó a Cartagena hacia 1580-1581 y que se internó en el Pacífico a finales del año 1589[66].

Entre 1590 y 1592 recorre las islas Marianas, Filipinas, Japón, China, Cochinchina, Cicir, Laos, Malasia, India, Ceilán, etc. Circunnavega el océano Índico, pasa por Ormuz y llega al Cabo de Buena Esperanza. De allí, en vez de volver a España, un viento favorable conduce su navío por el Atlántico hasta Pernambuco (Brasil) y Buenos Aires, adonde llega en noviembre de 1592. Puede decirse que en estos tres años ha dado la vuelta al mundo, arribando a América por tercera vez en su vida. De esta nueva estancia americana destaca su intervención pacífica en la jornada de los indios quijos y sus contactos con otras tribus como los cofanes, omaguas, tutos, púes, nujas, coronados, etc. Como premio a su incesante actividad gozará durante ocho años el beneficio del pueblo de Pimampiro, que es uno «de los mejores y más provechosos de todo el distrito del obispado de Quito» (*Viaje*, II, 28-38, cita en p. 370). Hacia 1602-1604, agotado y con heridas incurables, regresa a España y Jaén, donde vive con quietud y escribe todas sus obras. Se desconoce la fecha de su muerte, pero aún vivía en 1635.

---

[65] Un estado de la cuestión sobre la vida y la obra de Ordóñez de Ceballos se hallará en Zugasti, 2001 y 2003.

[66] Sobre la delicada cuestión de la cronología de los viajes de Ordóñez ver Zugasti, 2003, pp. 111-19 y, sobre todo, Zugasti, 2005, donde se precisan en el tiempo la mayoría de sus andanzas por América.

De sus andanzas americanas nos interesa ahora de modo especial el levantamiento de los indios tironas en la zona de Urabá y Caribana, el cual relata por extenso en su *Viaje del mundo*, libro I, caps. 19-23. Ordóñez no menciona la fecha del suceso, pero en un momento dado sí dice que los indios incendiaron Santa Marta (*Viaje*, I, 21, p. 104) aprovechando que su gobernador había salido a la defensa de Cartagena, tomada entonces por Francis Drake, lo que nos remite a la primavera de 1586, pues el pirata inglés se mantuvo en Cartagena desde el 9 de febrero (miércoles de ceniza) hasta el 2 de abril de ese año (octava de la Pascua de Resurrección). Una vez sofocada la rebelión tairona, hubo reparto de encomiendas que provocó alguna disputa entre los gobernadores de Santa Marta (Lope de Orozco) y Cartagena (Fernández del Busto), lo cual ratifica la fecha de 1586, ya que justo en ese verano este último dejó la gobernación de Cartagena en manos de su sucesor, Pedro de Lodeña. La interesante cultura tairona se desarrolló en la costa del Caribe colombiano, en las faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta[67]; los tironas presentaron una fuerte resistencia a la colonización española, con guerras y rebeliones en 1528-1529, 1536, 1545, 1553, 1571, 1590 y 1592, hasta su total reducción en 1599-1600 por el gobernador de Santa Marta, Juan Guiral Velón (Morales Gómez, 1992, pp. 123-26[68]).

Sobre la ferocidad de estos indios tironas Ordóñez de Ceballos llega a decir:

> Son los más valientes de las Indias, como los de Arauco o pijaos, y la gente de más verdad que se puede hallar. Sirven a los españoles de Santa Marta por tiempos, trayéndoles cañutillos de oro; y cuando les parece avisan que quieren guerrear, y en sentando la paz no hay quebrantarla de su parte[69].

Tras varias peripecias que ahora no viene al caso referir, la guerra entre los tironas y los españoles quedó zanjada por una pelea cuerpo a cuerpo que, previo desafío formal, mantuvieron los jefes de ambas partes, acatando los respectivos ejércitos el resultado final como si hubieran librado una batalla campal. Ordóñez es quien lucha por el lado español, relatando este episodio muy sucintamente en su libro autobiográfico:

> Llegó allí cerca del real un indio todo embijado y a punto de guerra dando voces con una banderilla de paz, que, oído, dijo Diego que decía que sacasen al mohán, que le quería hablar. Saquelo y preguntole que cuál lo había preso, y diciéndole que yo dijo que pasaría y pelearía conmigo, y si lo venciese que serviría toda la tierra, y si me venciese que se fuesen de ella todos los españoles. En resolución, concluido el desafío y traídos seis caciques de rehenes, tuve con este famoso indio una batalla tan brava y tan reñida que quedó con nombre de la brava batalla del famoso cacique, y quedamos tales

---

[67] Una esquemática iniciación a su cultura y tradiciones ofrecen Sontinkama y Chávez.

[68] Con todo, ni Morales Gómez ni otros estudiosos como Reichel-Dolmatoff (1951) o Bischof (1982-1983) registran el alzamiento tairona de 1586, pues ninguno maneja el *Viaje del mundo* de Ordóñez de Ceballos.

[69] Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, I, 19, pp. 93-94.

> que pensaron muriéramos, porque duró desde la mañana hasta ponerse el sol; y hasta los dientes pelearon, pues de dos bocados le tronché un dedo y le saqué un pedazo del carrillo, y cayendo ambos en la tierra le cogí las partes inferiores con tanta furia que se rindió. Saqué nueve heridas; la mayor fue un macanazo en un hombro, que no podía levantar el brazo, y el cacique tenía cinco heridas; las tres referidas eran las peores[70].

Es de notar que Ordóñez, en apoyo de la verdad histórica de sus aventuras, transcribe en el «Prólogo al lector» del *Viaje del mundo* una certificación del Real Consejo de Indias hecha en la audiencia de Quito, donde se sancionan por verídicos buena parte de sus actos. Tal documento menciona también su decisiva intervención en el alzamiento de los tironas:

> En la jornada de Urabá y Caribana metió a su costa treinta y seis soldados y seis negros, y después fue nombrado por maestre de campo de ella, en la cual tuvo diversas batallas y guazavaras, y peleó cuerpo a cuerpo con un indio valentísimo, y por su vencimiento quedaron en paz y se poblaron dos ciudades: la Concepción y Santiago de los Caballeros[71].

Un añadido importante sobre el paso de Ordóñez por América lo extraemos de la *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén* (Jaén, Pedro de la Cuesta, 1628) de Jiménez Patón, libro donde se da noticia de los hijos más ilustres de dicha ciudad. Informaciones sobre Ordóñez aparecen en los preliminares y en los capítulos 37 (repetido) y 38. Justo aquí es donde el autor abunda en detalles sobre el desafío mantenido entre el español y el cacique tairona. Es de notar que Jiménez Patón y Ordóñez de Ceballos eran amigos y colaboradores literarios (de hecho la idea original de redactar una *Historia de Jaén* fue de Ordóñez, pero al impedirle su delicada salud llevarla a término decidió trasladarle la empresa a su amigo). Podemos deducir, pues, que Jiménez Patón contaba con información privilegiada sobre Ordóñez facilitada por él mismo, material de primera mano y en parte inédito que se incluyó en la *Historia de Jaén*. Indicios evidentes de que esto fue así se detectan en frases del tipo:

> Y aún se le ha oído decir muchas veces que el escaparse desta furia más fue auxilio divino que destreza de hombre, y que lo atribuye a que antes de entrar en la batalla se encomendó muy de veras a Dios y a la Virgen.
>
> Éste es el principio de mi atrevimiento a desear el conocimiento, comunicación y amistad (dichoso yo que tal puedo decir) deste prodigioso varón[72].

Ambas citas proceden del capítulo 37 (repetido) de la *Historia de Jaén*, el cual se centra monográficamente en la figura de Ordóñez, de quien se hace un panegírico en toda regla. Además, el objetivo de Jiménez Patón será sacar a luz «algunos sucesos que de industria pasó por alto, y sonarán mejor repetidos de

---

[70] Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, I, 23, p. 113.
[71] Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*, «Prólogo», p. 12.
[72] Jiménez Patón, *Historia de Jaén*, fols. 208r y 213r.

boca y pluma ajena (aunque sea la mía) que de la propia […]. Así, de las hazañas del soldado seglar solo referiré una, que aunque la prometió para otra ocasión se ha estado hasta ahora en silencio»[73]. Se trata del levantamiento indio en Urabá y Caribana, el cual los españoles tratarán de contener comisionando a Ordóñez para ello: «El gobernador de Cartagena le pidió a don Pedro Ordóñez Ceballos, con instancia y encarecimiento grande, que no faltase al servicio de su majestad en esta ocasión»[74]. Iniciadas las hostilidades, los tironas sufren numerosas bajas y pocas los españoles, de ahí que los indios decidan cambiar de táctica:

> Se resolvieron en que (siendo voluntad de los españoles) se diese de mano al batallear los ejércitos y que diferiesen el bueno o mal suceso remitiendo la victoria al campal desafío de dos personas, una de cada una de las partes, porque de la grande arrogancia y presunción de los españoles se podía presumir que aceptaría cualquier desafío. Determinaron esto haciendo elección de persona, que fuese señalada con las partes y requisitos necesarios para oponerse al más valiente y esforzado español. Para lo cual se ofrecieron más de sesenta caciques, pretendiendo cada uno ser el elegido para el caso y, puesto, concluirle a satisfación con gran gusto y aplauso de todos. Sobre esta pretensión hubo algunas diferencias y encuentros entre ellos, con tanta pesadumbre que comenzaron a dividirse en parcialidades (camino abreviado para su ruina si no se remediara); tomaron la mano al reparo sus mohanes hechiceros, y principalmente barbudo, el cual con su venerable presencia y un muy bien adornado razonamiento que les hizo, fue poderoso a que, dejadas las armas, *siguiesen su parecer y consejo, el cual se fundó en la constumbre recebida y muy antigua entre ellos en la elección de sus generales que la cantó don Alonso de Ercilla, y es que de los que se señalasen (los cuales fueron veinte), aquél hiciese la batalla que mostrase más gran valentía en sustentar mayor y más grande espacio de tiempo sobre sus fuertes y robustos hombros un grande y muy pesado tronco de árbol*. Habiéndose conformado en esto los veinte caciques señalados, y habiendo traído el grueso leño, fue notable el brío y coraje con que cada uno llegó a asirle, primero con ánimo de sustentarle tanto tiempo que dejase a los otros asombrados y desistiesen de su intento. No amenazó menor discordia esta pretensión que la pasada, si el barbudo no tomara también la mano a concordalla y componella, ordenando que se sortease el lugar de cada uno, y como se graduasen por la suerte así fuesen sucediendo en la prueba de su valor, animosidad y fuerzas. Comenzando, pues, con el orden sorteado, sin contradición ni diferencia (y dejando yo de repetir la gallardía, destreza y valentía con que cada uno acudió a hacer buena su presunción, porque fuera alargar la historia), el que se aventajó en sus fuerzas a todos fue el cacique Capi, al cual hasta los vencidos le dieron el parabién, diciendo todos que solo él podía aventajárseles sin afrenta suya, antes con honra grande de haber sido recebidos en su competencia[75].

Seleccionado el cacique Capi por el inapelable método del tronco, los propios tironas señalaron a Ordóñez como su oponente, cosa que éste aceptó de inmediato. Sucede a continuación el moroso relato de la reñida batalla entre ambos, que se extiende durante más de cinco folios. No se escatiman detalles llenos de crudeza, como éste del desenlace:

---

[73] Jiménez Patón, *Historia de Jaén*, fols. 201v y 202v.
[74] Jiménez Patón, *Historia de Jaén*, fol. 202v.
[75] Jiménez Patón, *Historia de Jaén*, fol. 204r-v (el énfasis es mío).

> Ordóñez le agarró al Capi de sus vergonzosas partes tirándole dellas con su posible fuerza. Le causó gravísimo dolor y sentimiento, de suerte que comenzó a dar voces con su lengua, y constó que en ellas se daba por vencido, y pedía el frasco o mate de agua para que le batizase, confesando ser el poderoso y verdadero el Dios de los cristianos, y sus ídolos burlería. Salíale mucha sangre de las heridas antes recebidas: íbase enflaqueciendo y desmayando; llegó el indio ladino con el agua y declaró lo que decía y pedía Capi. Ordóñez le estaba diciendo: «¡Ríndete o te mataré!», y él respondió: «Yo me rindo. Déjame, no me mates hasta haberme hecho cristiano […]. ¡Bautízame, bautízame!» […]. Ordóñez tomó el agua y preguntándole si quería ser cristiano, y Capi respondió que sí, le bautizó con la forma esencial deste sacramento: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», y púsole por nombre Pedro, que es el suyo. Y aunque le había pedido que le matase, viéndole ya cristiano no le quiso obedecer, sino dejalle que viviese en nuestra ley lo que le restase de vida […]. Desta batalla y victoria resultaron muchas cosas notables en servicio de Dios y del rey: pobláronse las dos ciudades de la Concepción y Santiago, y todas las demás cosas que en el *Viaje* se cuentan. Solo este desafío no quise se quedara en silencio, por ser tan notable y tan grande de importancia, principio de tanto bien y hazaña tan honrosa, no solo para nuestro Ordóñez, mas para su rey y ley[76].

Jiménez Patón prolonga varios folios más su relato sobre Ordóñez, construyendo un demorado elogio del héroe que ahora no viene al caso detallar[77]. La recuperación de este olvidado texto abona, creo, la tesis verista sobre la prueba del tronco. Es obvio que Jiménez Patón no fue testigo de vista en la contienda entre taironas y españoles, sino que escribe –lo más probable– inducido por el testimonio oral de Ordóñez de Ceballos, protagonista del lance. Por supuesto que a la altura de 1628, cuando publica su *Historia de Jaén*, conoce de sobra el poema de Ercilla, a quien cita expresamente, aunque estimo que eso no resta validez a su relación de los hechos, los cuales se habían producido muchos años atrás (en 1586) y en una zona tan alejada de Chile como Urabá y Caribana (caribe colombiano; ver la ilustración 2).

---

[76] Jiménez Patón, *Historia de Jaén*, fol. 210r-v.

[77] En el capítulo 38 se dan noticias más recientes sobre Ordóñez: sabemos así que en agosto de 1614 viajó al Escorial a pedir mercedes al rey y que, debido al calor, su cuerpo se llenó de llagas, las cuales no sanaron hasta enero de 1615. Esta cura se atribuye a la mediación de la Virgen del Buen Suceso, cuya imagen estaba en el Hospital Real de Madrid. Ordóñez, agradecido, costea la talla de otra imagen similar de la Virgen y la coloca en el Hospital de la Misericordia de Jaén. En la parte final del capítulo se refieren varios milagros atribuidos a la Virgen del Buen Suceso.

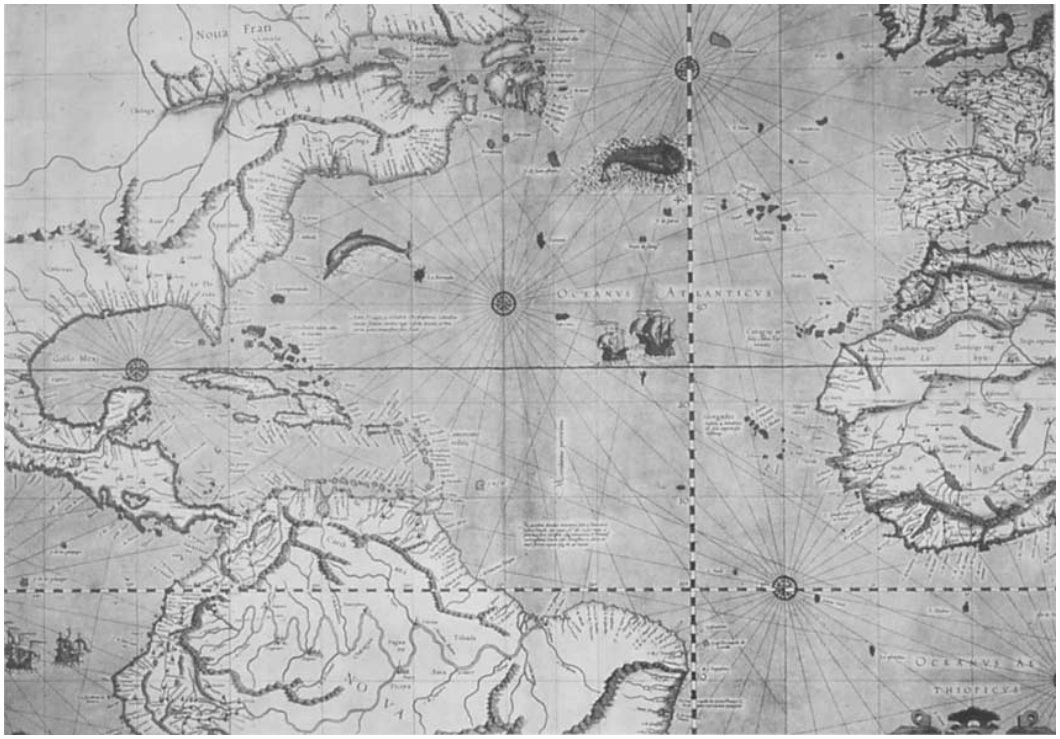

Ilustración 2: *Mapamundi* de Gerhard Mercator, 1569. Detalle.

Las dos situaciones narradas presentan tanto diferencias como semejanzas:

—Se distancian en que los araucanos eligen un jefe para liderar una guerra y los tironas un combatiente para mantener un duelo puntual.

—Se parecen en que en un primer instante los candidatos disputan entre sí desordenadamente, hasta que alguien con autoridad (el viejo o el mohán) propone un certamen donde la fuerza bruta resulta determinante: la prueba suprema consiste en sostener el peso de un tronco el mayor tiempo posible.

—Se distinguen de nuevo en que si bien los araucanos acatan con orden y concierto el desarrollo de la prueba, indicando Ercilla y Vivar el tiempo que cada uno aguanta el tronco, a los tironas les cuesta más mantener los turnos y están a pique de no entenderse (es necesaria una segunda intervención del mohán), sin olvidar que Jiménez Patón no especifica el tiempo que cada indio resiste el peso.

—Coinciden por último los textos en el inequívoco triunfo de los candidatos, que son aclamados por el resto; a saber: Caupolicán (o Teopolicán) para los araucanos y Capi (o Capite) para los tironas.

A la luz de este nuevo texto creo que gana entidad la idea de que, al menos entre los indios tironas y los araucanos (tan distantes unos de otros), existía el método del madero como proceso selectivo de un jefe o cacique guerrero. Recuérdese cómo Juan Gómez de Almagro especificaba en 1569 que Ercilla se ajustaba a la verdad en lo bélico, en lo geográfico y en lo atañadero a las

«costumbres de los indios», esto es, lo etnográfico. Asimismo Jiménez Patón precisa que los tironas siguieron una «constumbre recebida y muy antigua entre ellos en la elección de sus generales»; la mención de Ercilla y los araucanos, en 1628, es obligada por su parte (Jiménez Patón es un autor culto), pero pienso que no aminora la verdad esencial del relato. En conclusión, la relectura de este pasaje sobre los tironas refuerza la tesis de que la prueba del tronco descrita en *La Araucana* es auténtica; reflejo veraz, de tono etnográfico, de una práctica común entre los indios araucanos, tironas y quizás otros de quienes no han sobrevivido noticias (y, allende las fronteras americanas, de los turcos de Constantinopla, como bien lo testimonia Diego Galán). El que los antropólogos no hayan detectado su uso en las tribus o pueblos aborígenes en los tiempos modernos (siglos XIX-XXI), no invalida la vigencia de dicho procedimiento en el siglo XVI, tal y como lo atestiguan Vivar, Herrera, Ercilla y Ordóñez de Ceballos-Jiménez Patón.

Bibliografía

Anónimo, *Lazarillo de Tormes*, ed. F. Rico, Madrid, Cátedra, 1987.

Antei, Giorgio, *La invención del reino de Chile. Gerónimo de Vivar y los primeros cronistas chilenos*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1989.

Auladell Pérez, Miguel Ángel, «De Caupolicán a Rubén Darío», *América sin nombre*, 5-6, 2004, pp. 12-21. [Volumen monográfico coordinado por C. Alemany Bay y E. M. Valero Juan, con el título *Recuperaciones del mundo precolombino y colonial*].

Ávila, Gaspar de, *El gobernador prudente*, en José Toribio Medina, *Dos comedias famosas y un auto sacramental basados principalmente en «La Araucana» de Ercilla*, Santiago-Valparaíso, Imprenta litografía Barcelona, pp. 1-113.

Barral Gómez, Ángel, «Introducción» a su edición de la *Crónica de los reinos de Chile*, de J. de Vivar, Madrid, Historia 16 (Crónicas de América 41), 1988, pp. 7-36.

Bischof, Henning, «Indígenas y españoles en la Sierra Nevada de Santa Marta. Siglo XVI», *Revista Colombiana de Antropología*, 24, 1982-1983, pp. 75-124.

Casanova G., Holdenis, «El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica», en *Araucania. Temas de historia fronteriza*, comps. Sergio Villalobos R. y Jorge Pinto R., Temuco, Universidad de la Frontera, 1985, pp. 31-45.

Cifuentes Aldunate, Claudio, «Caupolicán: creación y recreaciones de un mito», *Noter of Kommentarer fra Romansk Institut* (Universidad de Odense, Dinamarca), 53, 1982, pp. 59-77.

Cooper, Jhon M., «The Araucanians», en *Handbook of South American Indians*, II, ed. J. H. Steward, Washington, United States Government Printing Office, 1946, pp. 687-760.

Cordero, María de Jesús, *The Transformations of Araucania from Valdivia's Letters to Vivar's Chronicle*, New York, Peter Lang, 2001.

Durand, José, «Caupolicán, clave historial y épica de *La Araucana*», *Revue de Littérature Comparée. Hommage à Marcel Bataillon*, 52, 1978, pp. 367-89.

Ercilla, Alonso de, *La Araucana*, ed. I. Lerner, Madrid, Cátedra, 1993.

Galán, Diego, *Cautiverio y trabajos*, ed. M. Barchino, Cuenca, Universidad Castilla-La Mancha, 2001.

Góngora Marmolejo, Alonso de, *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año de 1575*, en *Crónicas del reino de Chile*, ed. F. Esteve Barba, Madrid, Atlas (BAE, 131), 1960.

González de Nájera, Alonso, *Desengaño y reparo de la guerra del reino de Chile*, ed. J. T. Medina, Santiago de Chile, Imprenta Ercilla, 1889. [Manejo facsímil de Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1971].

Guevara, Tomás, *Historia de la civilización de Araucanía*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1898, 2 vols.

Guevara, Tomás, *Folklore araucano. Refranes, cuentos, cantos, procedimientos industriales, costumbres prehispanas*, Santiago de Chile, Imprenta Cervantes, 1911.

Guevara, Tomás, *La etnología araucana en el poema de Ercilla*, Santiago de Chile, Imprenta litografía Barcelona, 1918.

Herrera, Juan de, «Relación de las cosas de Chile», Madrid, Memorial Histórico Español, IV, «Colección de documentos inéditos relativos a la conquista y población del reino de Chile», 1852, pp. 416-20. (Texto anejo a la *Historia* de Góngora Marmolejo).

Janik, Dieter, «La valoración múltiple del indio en *La Araucana* de Alonso de Ercilla», en *La imagen del indio en la Europa moderna*, Sevilla, CSIC-Fundación Europea de la Ciencia-Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1990, pp. 357-76.

Jiménez Patón, Bartolomé y Ordóñez de Ceballos, Pedro, *Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén*, Jaén, Pedro de la Cuesta, 1628. [Existe una edición facsímil en Jaén, Riquelme y Vargas, 1983].

León, Leonardo, *Lonkos, Curakas and Zupais. The Collapse and Re-Making of Tribal Society in Central Chile, 1536-1560*, London, University of London-Institute of Latin American Studies, 1992.

Lerner, Isaías, «Introducción» a su edición de *La Araucana*, de A. de Ercilla, Madrid, Cátedra, 1993, pp. 7-58.

Lerzundi, Patricio C., *Romances basados en «La Araucana»*, Madrid, Playor, 1978.

Lerzundi, Patricio C., *Arauco en el teatro del Siglo de Oro*, Valencia, Albatros, 1996.

Mariño de Lobera, Pedro, *Crónica del reino de Chile [...] reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar*, en *Crónicas del reino de Chile*, ed. F. Esteve Barba, Madrid, Atlas (BAE, 131), 1960.

Medina, José Toribio, *Dos comedias famosas y un auto sacramental basados principalmente en «La Araucana» de Ercilla*, Santiago-Valparaíso, Imprenta litografía Barcelona, 1915, pp. 1-113.

Medina, José Toribio, «Juan Gómez de Almagro, el que aprobó *La Araucana*», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 20, 1916, pp. 5-42.

Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de la poesía hispano-americana*, II, en *Obras completas*, XXVIII, Madrid-Santander, CSIC-Aldus, 1948.

Métraux, Alfred, «Warfare, cannibalism, and human trophies», en *Handbook of South American Indians*, V, ed. J. H. Steward, Washington, United States Government Printing Office, 1949, pp. 383-409.

Morales Gómez, Jorge, «Período hispano», en Á. Chaves Mendoza, J. Morales Gómez y H. Calle Restrepo, *Los indios de Colombia*, Madrid, Mapfre, 1992, pp. 91-206.

Morínigo, Marcos A., «Letra y espíritu de *La Araucana* en la historia de Chile, de Fr. Antonio Vázquez de Espinosa», en *Homenaje a Rodríguez-Moñino*, II, Madrid, Castalia, 1966, pp. 15-19.

Morínigo, Marcos A., «Introducción» a su edición de *La Araucana*, Madrid, Castalia, 1979, 2 vols.

Ocaña, Diego de, *Un viaje fascinante por la América hispana del siglo XVI*, ed. A. Álvarez, Madrid, Studium, 1969.

Oliver Belmás, Antonio, «Las dos pruebas del tronco de *La Araucana*», en *La Natividad en los Premios Nobel de Hispanoamérica y otros ensayos*, Madrid, Cultura Hispánica, 1969, pp. 139-45.

Ordóñez de Ceballos, Pedro, *Viaje del mundo*, Madrid, Miraguano-Polifemo (Biblioteca de Viajeros Hispánicos 8), 1993.

Orellana Rodríguez, Mario, *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1988.

Reichel-Dolmatoff, Gerardo, *Datos histórico-culturales sobre las tribus de la antigua gobernación de Santa Marta*, Bogotá, Banco de la República, 1951.

Sontinkama, Benito y Chávez, Milciades, *La cultura tayrona. The Tayronas* [sin datos bibliográficos; se trata de un estuche que comprende unas pocas tradiciones taironas recogidas de boca de relatores indígenas koguis].

Thayer Ojeda, Tomás, «Los héroes indígenas de *La Araucana*», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 15, 1915, pp. 306-64.

Thayer Ojeda, Tomás, *Ensayo crítico sobre algunas obras históricas utilizables para el estudio de la conquista de Chile*, Santiago de Chile, Universidad, 1917.

Tirso de Molina, *El caballero de Gracia*, en *Obras dramáticas completas*, III, ed. B. de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1958, pp. 264-307.

Vega, Miguel Ángel, *Historia de la literatura chilena de la conquista y de la colonia*, Santiago de Chile, Nascimento, 1980, 2 vols.

Villalobos R., Sergio, *Historia del pueblo chileno*, Santiago de Chile, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos, 1983, 2ª edición, 2 vols.

Vivar, Jerónimo de, *Crónica de los reinos de Chile*, ed. Á. Barral Gómez, Madrid, Historia 16 (Crónicas de América 41), 1988.

Zapater, Horacio, *Aborígenes chilenos a través de cronistas y viajeros*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1978, 2ª edición.

Zugasti, Miguel, «Andanzas americanas de Pedro Ordóñez de Ceballos en dos comedias del Siglo de Oro», *Teatro. Revista de Estudios Teatrales*, 15, 2001, pp. 167-196.

Zugasti, Miguel, «El *Viaje del mundo* (1614) de Pedro Ordóñez de Ceballos o cómo modelar una autobiografía épica», *Iberoromania*, 58, 2003, pp. 83-119.

Zugasti, Miguel, «Épica, soldadesca y autobiografía en el *Viaje del mundo* (1614) de Pedro Ordóñez de Ceballos», en *Actas del Coloquio «El Siglo de Oro en el nuevo milenio»*, II, eds. C. Mata y M. Zugasti, Pamplona, Eunsa, 2005, pp. 1781-1812.

Zugasti, Miguel, «Pedro Ordóñez de Ceballos en América: un nuevo texto en torno a la prueba del tronco (*La Araucana*, canto II)», en *América en España: influencias, intereses, imágenes*, ed. I. Simson, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2007, pp. 69-116.